

naos, en altura de cuarenta y dos grados, poco menos, vieron los que en ellas venían un remate que la tierra firme allí hacía, al cual llamaron Cabo Mendocino, a contemplación del virrey que los había enviado y que desde allí hasta el puerto de la Navidad, parecía ser todo tierra firme. Y llegados a la Nueva España dieron noticia de ello al dicho virrey, el cual pretendió que se descubriera la dicha costa, hasta el dicho paraje del Cabo Mendocino; y poniéndolo por obra a su costa, sólo pudo llegar hasta el puerto que se llamó entonces de Santiago y ahora le llamamos de la Magdalena, que está en altura de veinte y cinco grados y desde allí se tornó el que lo iba a descubrir, por parecerle imposible poder pasar más adelante, por ser continuos en aquella costa los vientos noruestes, diametralmente contrarios para la dicha navegación. Supo también su majestad, cómo otros virreyes habían intentado este mismo descubrimiento, por mandado de su padre, y cómo no habían salido con él (como adelante se dirá) halló, también su majestad entre otros papeles, una información que ciertos extranjeros habían dado a su padre, en que se dicen algunas cosas notables que ellos en aquella tierra habían visto, llevados allí con fuerza de tiempos en un navío desde la costa de los Bacallaos, que es en Terranova, dando en ella razón de haber pasado de la Mar del Norte a la del Sur, por el estrecho de Anián, que es más adelante del Cabo Mendocino y que habían visto una populosa y rica ciudad, bien fortalecida y cercada y muy rica de gente política y artesana y bien tratada y otras cosas dignas de saberse y de ser vistas. Por otra parte, había sido también informado que los navíos que vienen de la China a la Nueva España corren notable riesgo en la vuelta; y que cerca del Cabo Mendocino solían ser las mayores tormentas, que convendría, para reparo de las naos, descubrir la costa desde allí al puerto de Acapulco, para que sabiéndose la costa tuviesen reparo los navíos que por allí navegan, pues de ordinario son de su majestad y corre su real hacienda muchísimo riesgo. Por éstas y otras causas mandó al conde de Monte-Rey, virrey de esta Nueva España, que a su costa hiciese hacer el dicho descubrimiento con todo cuidado y diligencia; y que en el coste y gastos no reparase, porque éste era su gusto y quería así lo hiciese.

*CAPÍTULO XLVI. En que se trata de cómo y por qué orden dispuso las cosas necesarias para hacer el dicho descubrimiento el conde de Monte-Rey, virrey de la Nueva España*



L CONDE DE MONTE-REY, deseando acertar a hacer lo que su majestad con tanto encarecimiento le había mandado, lo comunicó y trató una y muchas veces con personas de experiencia y saber, de quienes tenía satisfacción que le dirían lo que más conviniese para que mejor se hiciese y su majestad fuese más bien servido. Resuelto pues y determinado en lo que se había de hacer, mandó aperebir todo lo necesario con mucho cuidado y diligencia y nombró al general Sebastián Vizcaíno por capitán ge-

neral para este viaje, que antes lo había sido de las Californias, y por almirante al capitán Toribio Gómez de Corbán, personas de experiencia y merecedoras de toda confianza; porque el general Sebastián Vizcaíno era persona a cuyo cargo estaba entonces la pacificación y conquista de las Californias, y era el que más de los de la Nueva España sabía aquella costa, por haber ido el año de 1594 a descubrir aquellas tierras (como ya dejamos dicho en este mismo libro), y era el más interesado de todos en que el descubrimiento se hiciese como su majestad mandaba, pues era cosa que él había de hacer a su costa. Para el buen suceso de su comisión y conquista, al capitán Toribio Gómez se le dio oficio de almirante, porque en cosas de mar era muy cursado y plático y había servido muchos años a su majestad en la costa de Francia, en los navíos de corso de armada; y por haber servido con mucha fidelidad y esfuerzo se le dio el ser cabo de los patajes de la dicha armada y se le encargaron negocios de mucho peso y de suma confianza, como de todo le constó al virrey por papeles y recaudos abonados que el dicho Toribio Gómez le presentó en testimonio de sus servicios, al cual despachó luego el virrey en busca de dos navíos a la provincia de Honduras y Quatemala, y en su compañía envió al alférez Sebastián Meléndez y al piloto Antonio Flores para que le ayudasen y acompañasen. También despachó luego al alférez Juan de Acevedo Tejeda al puerto de Acapulco a prevenir allí lo necesario para la navegación y para que asistiese en la fábrica de una fragata pequeña para el mismo efecto. Luego mando al general Sebastián Vizcaíno que pidiese lo que hubiese menester para el viaje, así de bastimentos como de gente de mar y guerra; al cual se le dio todo lo necesario para el viaje cumplidamente. Diéronsele ministros eclesiásticos para que le acompañasen en esta jornada, que fueron tres religiosos de la orden de los religiosos descalzos de Nuestra Señora del Carmen, que fueron los padres fray Andrés de la Asunción, fray Antonio de la Ascensión y fray Tomás de Aquino. Fue por comisario el padre fray Andrés de la Asunción, y a falta suya, fray Antonio de la Ascensión, y por ausencia de ambos fray Tomás de Aquino. Y porque, como dice Cicerón, las cosas grandiosas no se hacen jamás con solas fuerzas, aceleramientos y ligereza del cuerpo, si no van acompañadas con consejo y madurez y con el parecer de los prudentes y experimentados consejeros, señaló el virrey para esto al capitán Alonso Esteban Peguero, soldado viejo y de mucho valor y de grande experiencia de los de Flandes y que se halló en lo de Magallanes; y al capitán Gaspar de Alarcón, soldado afamado de Bretaña, por su esfuerzo, prudencia y buen consejo; y para los negocios de mar a los pilotos y maestros de los navíos y al capitán Gerónimo Martín, que iba con plaza de cosmógrafo para demarcar y pintar las tierras que se fuesen descubriendo, para que con distinción se le diese firme y verdadera relación a su majestad de lo que se descubriese y sucediese en el dicho viaje. Estas cosas así prevenidas, mandó el conde que don Francisco de Valverde, factor de la casa real de Mexico y proveedor de sus armadas, que despachara a Acapulco todo lo que era a su cargo y mandó pagar a los soldados que para el efecto se habían escogido, que fue una

de las más lucidas campañas que se han levantado en la Nueva España, de la cual fue por alférez Juan Francisco Suriano y por sargento Miguel de Legar.

Y siendo ya tiempo de partir llamólos el virrey a todos y haciéndoles un discreto parlamento, les encargó el negocio a que los enviaba, la paz y unión entre todos y la obediencia y respeto a los mayores y en especial a los religiosos, en quien él tenía puestos sus ojos y la esperanza del buen suceso del viaje que iban a hacer; y desde allí repartió la gente como había de ir en los navíos y se partieron el general y los religiosos y capitanes de Mexico, a 7 de marzo, día de Santo Tomás de Aquino y llegaron a Acapulco, puerto donde se habían de embarcar, día de san Joseph, que fue a veinte del dicho mes, del dicho año de 1602.

CAPÍTULO XLVII. *En el cual se trata de cómo salieron de el puerto de Acapulco la nao capitana, llamada San Diego y la almiranta, llamada Santo Tomás y la fragata Tres Reyes, para hacer el descubrimiento, y de la derrota y camino que llevaron*



STANDO TODAS LAS COSAS APRESTADAS para el viaje y puestas a punto, habiendo los religiosos administrado los sacramentos de la confesión y comunión a todos los que iban al dicho descubrimiento, el general echó bando que todos se embarcasen a los navíos, según él los había nombrado y señalado; y estando todos recogidos y embarcados la capitana, almiranta y fragata dieron las velas al viento y salieron de el dicho puerto de Acapulco, en cinco de mayo de el año de 1602, domingo, a las cuatro de la tarde, día de el glorioso martir San Ángelo, de la orden de Nuestra Señora de el Carmen, y llevaban en su seguimiento un barco luen-go para entrar con él en las bahías y ensenadas y acudir a lo que se ofreciese. Estando ya dos léguas apartados los navíos de el puerto, se comenzó la navegación y se tomó la derrota y camino al norueste, que es entre el poniente y el norte, por correrse toda la costa por este rumbo.

En toda esta costa reina casi todo el año el viento norueste y es el costanero que allí más se reconoce, y como rey de ella fue siempre estorbo e impedimento a esta jornada, desde que salió de Acapulco hasta llegar al cabo de San Sebastián, que es más adelante de el Cabo Mendocino y duró el viaje hasta llegar allí nueve meses continuos de navegación, en los cuales padeció esta armada los trabajos que iré contando. En este trabajoso viaje, como lo podrá ver quien con atención lo leyere, que sólo me mueve a escribirlo el deseo que me queda de la conversión de las infinitas ánimas de infieles que hay por toda aquella tierra firme; y para que se entienda, hay vivos españoles que hacen cosas tan grandiosas y dignas de memoria como los de los tiempos pasados para que sus trabajos sean premiados y otros